

Entonces penetró en la sala Julio Favre, y después de llegar con mucho trabajo hasta la tribuna, gritó á la muchedumbre: «¿Queréis ó no la guerra civil? (¡No! ¡No! ¡No queremos guerra civil). Entonces es preciso formar un gobierno provisional. (¡Al Ayuntamiento! ¡Viva la República!.)

»No obliguéis, dijo Favre, á soldados franceses leales, quizás extraviados por sus oficiales, á dirigir sus armas contra vosotros. Sus armas únicamente deben servir contra los extranjeros. Unámonos todos en el amor patrio y en el de la democracia. No es aquí donde puede proclamarse la República.» «Aquí es donde hay que proclamar la República,» gritó Peyrouton. «La proclamamos. Ya está proclamada.» La multitud insistió en su exigencia, y esto indujo á Gambetta á declarar: «¡Pues bien, venga la República! ¡Ciudadanos, vamos á proclamarla en el Ayuntamiento!» Esta proposición encontró también resistencia: pero cuando Favre, Gambetta y otros diputados se dispusieron á dirigirse al Ayuntamiento, les siguieron las masas, confiando á la turba que allí quedaba la misión de impedir que reaccionaran los diputados de la mayoría y tomaran resoluciones en favor del Imperio.

Julio Favre, Julio Ferry, Gambetta, Keratry y Spuller, que á las tres de la tarde se dirigieron al Ayuntamiento, acompañados por una gran multitud del pueblo y seguidos de Arago, Cremieux y Picard, llegaron á tiempo para arrebatarse el poder á Félix Pyat, Milliere y Delescluze, que ya creían tenerlo en sus manos. Para conservarlo era menester no perder ni un minuto en proclamar la República y formar un gobierno provisional, si bien para esto nadie les había dado encargo ni autorización.

La situación en la cual se hallaba en aquel momento la izquierda de la Cámara, ha sido pintada perfectamente por el diputado Guyot Montpayroux. Cuando este llegó, á las cuatro de la tarde, al Ayuntamiento, vió en la primera sala á varios redactores del *Réveil* y toda una caterva de individuos, que figuraron después en la *Commune*, reunidos alrededor de una mesa. Al pasar Guyot Montpayroux le puso en la mano uno de los reunidos un papel con una lista de nombres, en la cual se encontraba todo el estado mayor del partido *de la Commune*, nombres que se recomendaban para la formación del gobierno provisional. El citado diputado se preguntó: «¿Debemos nosotros, diputados, formar un gobierno, ó debemos dejar que la gente reunida alrededor de esta mesa lo forme?» Pasó á la sala pequeña, en la cual estaban sus amigos políticos, y de las resoluciones allí tomadas salió el gobierno de la defensa nacional. La primera señal de vida que dió este gobierno fué un llamamiento redactado por Picard, que decía:

«Franceses: El pueblo se ha adelantado á la vacilación de la Cámara. Para salvar á la patria, que pelagra, ha pedido la República y ha puesto á sus diputados delante del peligro.

»La República de 1792 venció la invasión del enemigo. Se ha proclamado la República. La revolución se ha efectuado en nombre del derecho y del bien público.

»Ciudadanos, velad por la ciudad que se os ha confiado; mañana seréis, en unión del ejército, los vengadores de la patria.

»Manuel Arago, Cremieux, Dorian, Julio Favre, Julio Ferry, Guyot-Montpayroux, León Gambetta, Garnier Pagés, Magnin, Ordinaire, Tachard, Pelletan, Picard, Julio Simón.»

Estaba ya preparada esta proclama y se había abierto la discusión sobre



León Gambetta

la formación del nuevo gobierno, cuando se presentó en el Ayuntamiento, anunciado por un vocerío inmenso, Rochefort, el redactor de *La Lanterne*, que acababa de salir de la cárcel. Julio Ferry llevó al gabinete donde estaban discutiendo Julio Favre y Picard á aquel escritor, cuya venenosa pluma podía llegar á ser tan peligrosa para el nuevo gobierno como lo había sido para el gobierno anterior. Allí se convino en elegir el nuevo gobierno exclusivamente entre los diputados de la ciudad de París, á los cuales pertenecía también Rochefort, y eran todos republicanos conocidísimos, que desde años venían luchando contra el Imperio. Esta elección eliminó á todos los demás pretendientes de cualquier otro color político. Picard y Simón fueron agregados al nuevo gobier-

no, aunque habían optado por representar departamentos, por haber sido elegidos en ellos y en París. También se convino en admitir en el nuevo gobierno al general Trochu. Al distribuir los cargos, fué elegido Esteban Arago alcalde de París, y se puso en seguida la faja, que á este objeto tenía preparada su sobrino Manuel Arago. Cremieux tomó inmediatamente posesión del ministerio de Justicia y redactó en el acto el decreto de disolución del cuerpo legislativo y otro disponiendo la libertad de los presos políticos. Gambetta se dirigió en carruaje al ministerio del Interior, que estaba destinado al diputado Picard, del cual tomó posesión, enviando á las seis de la tarde á todas las autoridades que de este ministerio dependían un telegrama que decía:

«A los señores prefectos, subprefectos, al general gobernador de Argelia y á todas las oficinas telegráficas de Francia:

»República francesa.

»Ministerio del Interior.

»Se ha decretado la disolución del cuerpo legislativo. Se ha proclamado en la Casa Consistorial la República. Se ha constituido un gobierno de la defensa nacional, que ha sido confirmado por la aprobación del pueblo.

»Estos son los nombres de los nuevos ministros: Arago (Manuel), Cremieux, Favre (Julio), Ferry (Julio), Gambetta, Garnier Pagés, Glais Bizoin, Pelletan, Picard, Rochefort, Simón (Julio).

»El general Trochu queda en su puesto de gobernador de París y ha sido nombrado ministro de la Guerra en lugar del general Palikao.

»Sírvese hacer fijar inmediatamente en las esquinas este anuncio, y, si fuere necesario, hacerlo publicar por el pregonero.

»Por el gobierno de la defensa nacional, el ministro del Interior: *León Gambetta*.

»París, 4 de septiembre de 1870, á las seis de la tarde.»

Para salvar á la patria se había proclamado la República, y nadie dudaba de que esta proclamación garantizaba por sí sola su salvación. El acto fué celebrado por la noche del 4 de septiembre en París como una gran fiesta, recorriendo el pueblo victorioso toda la ciudad, cantando y haciendo toda clase de demostraciones de júbilo; arrancando símbolos, anuncios é imágenes que recordaban el Imperio desaparecido, dando nuevos nombres á las calles y escribiendo en todos los monumentos y paredes de edificios públicos el famoso lema: «Libertad, igualdad y fraternidad,» que todavía hoy se ve en todas partes. En los bulevares circuló durante muchas horas una multitud alegre, cuyas fisonomías revelaban satisfacción y vigor exuberantes. La proclamación de la República había hecho olvidar la guerra, el trabajo, el peligro y la miseria. El enemigo se había detenido en su marcha y la paz estaba asegurada; esto predicaban todos los periódicos, y esto creían todos los franceses, porque tenían entendido que el rey Guillermo había dicho que hacía la guerra sólo al emperador y no á Francia, lo cual no era exacto. No habiendo ya emperador, no había, según los fran-

ceses, ya motivo de guerra y se habían acabado todos los cuidados y temores. Era inútil, de consiguiente, continuar las obras de fortificación, y en el baluarte de Montretout, donde poco antes habían trabajado diez mil hombres, no trabajaban ya quinientos. Jamás se mostró París más satisfecho y más tranquilo que en los primeros días de esta revolución, según los bullangueros la más satisfactoria y la menos sangrienta de todas.

El nuevo gobierno empezó, en cuanto pudo, de la misma manera que había acabado el viejo. El gobierno del partido bonapartista quedó sustituido por un gobierno del partido republicano, y cada ministro gobernó tan autocráticamente en su ramo como podía hacerlo cualquier monarca despótico. Esteban Arago destituyó en 5 de septiembre de una plumada á todos los alcaldes de París y les nombró sucesores, sin dar al gobierno la menor cuenta de este acto; y de otra plumada destituyó Gambetta el 6 de septiembre á los ochenta y nueve prefectos, dándoles por sucesores individuos de su propio partido; pues este joven ministro, que se había apoderado él mismo de su ministerio, estaba decidido á justificar toda arbitrariedad contra la libertad, invocando las exigencias de la guerra y el peligro nacional.

El mismo 2 de septiembre publicó Julio Favre, como ministro de Negocios extranjeros, una circular en la cual decía:

«No cederemos ni un solo terrón de nuestro país, ni una sola piedra de nuestras fortalezas.»

Mientras esto ocurría, se habían reunido, á las cuatro y media de la tarde, unos doscientos diputados en el salón de la habitación del presidente, y conferenciaban presididos por el vicepresidente Le Roux, por indisposición de Schnéider. Había también entre ellos algunos miembros de la izquierda, y Garnier-Pagés fué el primero que tomó la palabra para proponer que la asamblea se conformara con lo que no tenía ya remedio, diciendo que probablemente el gobierno provisional se había instalado ya en la Casa del Ayuntamiento, y que por lo mismo era preciso reconocer á este gobierno provisional. Buffet protestó contra esta proposición con gran aplauso de la mayoría. Mejor recibida fué la proposición de Dreolle de que algunos de los presentes pasaran al Ayuntamiento para entenderse con los colegas reunidos allí. Entretanto se supo que la multitud había penetrado en las Tullerías y que la emperatriz había tenido que huir, lo cual hacía temer que la asamblea se vería interrumpida á lo mejor por una nueva invasión de las masas. Por otra parte se dijo que la comisión elegida por las secciones había tomado, á pesar de los desordenes, su resolución respecto de las tres proposiciones que se le habían encomendado, y que Martel, el ponente elegido, se hallaba presente, por cuyo motivo debía oírse su dictamen y resolver luego. Hecho esto podía aceptarse la proposición de Dreolle y entrar en relación con los colegas reunidos en el Ayuntamiento. Hízose así por decisión de la mayoría, y Martel dió cuenta del dictamen de la comisión. Pinard y otros protestaron vivamente contra la idea de que hubiera cesado

el gobierno; sin embargo, la gran mayoría se conformó con las explicaciones de Dreolle, que dijo que la huida de la regente ponía fuera de duda la cesación efectiva del gobierno, y en su consecuencia se decidió por unanimidad, menos cinco ó seis votos, aceptar el dictamen de la comisión, y se encargaron diez de los miembros presentes, entre ellos Garnier-Pagés, Grevy y Martel, de comunicar esta resolución á los reunidos en el Ayuntamiento.

Estos enviados encontraron á su llegada funcionando ya al nuevo gobierno, compuesto de diputados de París. Grevy le presentó la resolución del cuerpo legislativo, y Favre prometió dar la contestación en la sesión, que volvería á continuar á las ocho de la noche. Esta sesión fué mucho menos numerosa, faltando en ella también Le Roux, por cuya razón se suplicó á Thiers que ocupara la presidencia. Tomó la palabra Favre anunciando la formación del gobierno provisional y expresando el sentimiento de que Thiers, el diputado de París de más fama, se hubiese negado á formar parte de este gobierno. Dijo que en él había entrado también Rochefort, que no cedería á los demás en moderación, y que todos habían deseado contar entre ellos á Thiers; que se agradecería al cuerpo legislativo que confirmara el nombramiento del gobierno, pero que en caso contrario se respetarían sus escrúpulos, si bien de todos modos seguiría el gobierno nombrado obrando con completa libertad según sus convicciones. Dicho esto, se alejó con Simón, que le había acompañado, y la asamblea empezó á discutir lo que debía hacer. Los miembros más apasionados propusieron protestar en toda forma, á lo cual se opuso Thiers con energía y éxito, diciendo que si bien no se debía reconocer al nuevo gobierno, tampoco debía hacerse oposición, porque representaba por el momento la causa de la defensa del país; que debían todos desearle el mejor éxito por patriotismo, y que enfrente del enemigo, que muy pronto estaría delante de París, no cabía otra resolución, para que pudiera retirarse dignamente el cuerpo legislativo. La mayoría declaró que estaba conforme con esto, y cuando á las diez de la noche se levantó la última sesión del cuerpo legislativo, los diputados vieron al retirarse que la guardia nacional se encargaba de la custodia de la sala y que Glais Bizoin hacía sellar las puertas.

El Senado también se había reunido al mediodía en sesión, y después de un discurso de Chabrier, había desahogado sus sentimientos en entusiasmas vivas al emperador, á la emperatriz y al príncipe imperial. A propuesta del presidente Rouher, resolvió continuar en sesión permanente hasta recibir noticias del cuerpo legislativo; y cuando se supo que éste había sido arrollado por la masa del pueblo, se acordó protestar, y los reunidos continuaron todavía algún rato juntos, esperando que el populacho se dignara visitar también al Senado; pero como esto no sucedió y no había otros asuntos que discutir, se separaron los senadores con promesa de volverse á reunir al día siguiente á la hora acostumbrada. Por la noche, el gobierno provisional hizo sellar también su sala de sesiones.

La emperatriz había empezado aquel día tan terrible por una visita á la

ambulancia, que se hallaba instalada en las Tullerías, y había oído luego misa. Después había presidido el consejo de ministros, y entonces se sucedieron las noticias que la enteraron de la creciente agitación y de la reunión de las masas populares, noticias que recibió con resignación, sin ninguna idea de resistencia, diciendo á Rouher que bastante sangre se había derramado en los campos de batalla y que ella no quería que se derramara en las calles de París por la dinastía. Trochu, que la visitó hacia las once, la aseguró que haría cuanto estuviese en su poder; pero ella dijo, hablando luego con Chevreau, ministro del Interior, que no había que esperar nada de Trochu. Al mediodía solicitaron Buffet, Daru y tres diputados más una audiencia para suplicarla que excitara al cuerpo legislativo á elegir una comisión gubernativa, en vista de la insuficiencia de los poderes que le había dado el emperador, y que correspondía al cuerpo legislativo, como el segundo poder elegido directamente por el pueblo, encargarse de la dirección de los negocios. Esto convenció á la emperatriz de que todo estaba perdido y de que lo que se le pedía era la abdicación. No sabiendo que hacer, dirigió los diputados á Palikao, cuyo consejo quería seguir. Entretanto creció el peligro, y el número de adictos que la rodeaban fué también en aumento, reuniéndose á su corte la princesa Clotilde, las esposas de los mariscales Pelissier y Canrobert y los embajadores Metternich y Nigra, estos dos últimos para instarla á huir. El general Mellinet, que estaba encargado de la defensa de las Tullerías, contestó negativamente á la pregunta de si podría detener á la multitud del pueblo sin derramamiento de sangre. A las tres de la tarde el prefecto de policía Pietri, atravesando el inmenso torrente humano que se dirigía al Ayuntamiento, se presentó á la emperatriz, que le había hecho llamar por su chambelán, Lezay-Marnesia. Precisamente acababan de regresar los comisarios de policía que el general Caussade había despedido delante de la Cámara, diciéndole uno á Pietri, rasgando su faja: «¡Traición!» Con mucho trabajo pudo pasar Pietri por entre la multitud vocinglera que se había reunido delante de la verja de las Tullerías. La emperatriz quería conocer su opinión respecto á si debía huir, conforme le aconsejaban cuantas personas la rodeaban, ó quedarse, según hasta entonces había sido su decidido propósito. Muy lejos estaba de sospechar el peligro que la rodeaba en París, y ni remotamente pensó que pudiera llegar el instante de tener que salir huyendo de la capital, dándose por dichosa con salvar su vida; porque cuantas veces habían tocado los ministros este punto, había declarado que no saldría de París, y aun por la mañana del día 4 de septiembre había creído que podría abdicar libremente antes de huir. Se había opuesto tenazmente á todas las observaciones de los ministros David y Chevreau, del príncipe de Metternich y del caballero Nigra, cuando á las cuatro de la tarde se precipitó en la estancia el prefecto de policía diciendo: «Corra V. M., señora, todavía es tiempo. Estamos vendidos. Toda resistencia es imposible. Las fuerzas con las cuales contábamos, nos abandonan.»

En aquel mismo instante las masas abrieron la verja á la fuerza y penetra-

ron en el patio al grito de «¡Destitución!, ¡viva la República!» Entonces se retiró la emperatriz. Bajó la escalera del Museo egipcio, y acompañada de las esposas de Metternich y Nigra, de su lectora, la señora Lebreton, hermana del general Bourbaki, llegó á la pequeña puerta que conducía á la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois, donde estaba preparado un coche de alquiler, en el que entraron la emperatriz y la señora Lebreton, mientras el príncipe de Metternich dijo al cochero: *Boulevard Haussmann*. Al llegar á esta calle bajaron las dos señoras del coche y entraron en otro que pasaba, al cual dieron orden de llevarlas á casa del dentista americano Evans, que vivía en la avenida Malakoff, con cuya fidelidad podía contar la fugitiva. Allí pasaron la noche las dos señoras, y á la mañana siguiente las condujo en su coche propio el dentista, acompañado de su colega Crane, por la Puerta de Maillot á Saint Germain, y desde allí, sin otras peripecias, por Evreux á los baños de mar de Deauville, situados en la embocadura del Sena, adonde llegaron á las seis de la tarde. Evans se dirigió al dueño de un yate inglés, hijo del general Bourgoyne, que se hallaba allí, el que puso dificultades cuando supo la persona á quien había de salvar, y sólo cediendo á reiteradas instancias admitió á la emperatriz. Después de una travesía tempestuosa llegó á las ocho de la mañana al puerto de Hyde. El mismo día se juntó la emperatriz con su hijo en Hastings. Evans pasó á Londres para buscar un alojamiento á propósito, eligiendo para este objeto Camden House, en Chislehurst, donde se estableció definitivamente la familia imperial. Napoleón abandonó Wilhemshohe el 19 de marzo, en cuyo día se extendió la noticia de que había triunfado en París la *Commune* para atraer nuevas desgracias sobre Francia, entregando la capital á la demagogia, que debía llenarla de sangre y fuego.

A pesar de los grandes padecimientos físicos y morales que le atormentaron, durante el destierro ocuparon su espíritu variadísimos problemas, entre ellos la narración de los últimos acontecimientos de su gobierno, el establecimiento de arbitrajes internacionales y la supresión del impuesto de consumos en Francia. También le ocupó mucho la idea de su regreso á Francia, sin que por eso le lisonjasen esperanzas exageradas. A uno de sus partidarios fieles escribió: «Sólo puedo volver á Francia por la gran puerta del sufragio universal, y es poco probable que se abra esta puerta.» Encontró no obstante consuelo en la creencia de que la gran mayoría de los franceses deseaban su vuelta, de que hacía progresos el cambio de la opinión á su favor, y de que algún día se le invitaría á volver á ocupar el trono. Faltan pruebas para asegurar que á principios del año 1873 se hacía algo contando con que el 20 de marzo podría regresar el emperador á Francia. El conde de Beust, que es el que más crédito da á este proyecto, dice que la necesidad de presentarse á caballo, al efectuar el regreso, le determinó á someterse á la operación quirúrgica que tuvo por consecuencia su muerte. Con arreglo á esta creencia dice también La Chapelle: «Su enfermedad hizo rápidos progresos, sus padecimientos eran insoportables, y

en vista de los deberes que el porvenir le podía imponer, no titubeó ya en someterse á una operación que temía haber retardado demasiado.» El 24 de diciembre de 1872 se declaró indispensable la operación de la talla por una consulta de médicos, en la cual, además de los de cabecera, tomaron también parte sir Enrique Thompson, sir William Gull y sir James Paget, y se fijó para realizarla, con anuencia del emperador, el 2 de enero de 1873. La operación marchó perfectamente y el paciente se encontró en los siguientes días en estado muy satisfactorio y esperanzado; en una segunda operación, hecha el día 6 de enero, el estado del enfermo inspiró temores, y la tercera operación, que debía hacerse el día 9 de enero, no pudo verificarse por la excesiva debilidad del paciente, que falleció aquel mismo día hacia las tres de la tarde. La emperatriz estuvo presente á la muerte, y el príncipe imperial llegó desde Woolwich á Chislehurst dos horas después del fallecimiento de su padre. Sabido es que á los pocos años también murió el príncipe en la guerra contra los zulús.

No ha llegado aún el momento de juzgar á Napoleón III con aquella serenidad de juicio que sólo tienen los que no han presenciado los acontecimientos, porque prescindiendo de detalles y libres de toda pasión, pueden apreciar lo esencial; pero ya no se habla de él con aquella severidad que guarda el odio político para el vencido. Al hundirse el Imperio, fueron muy contadas las palabras tímidas é imperceptibles de compasión y simpatía, porque sobre los que habían servido á la dinastía caída y sobre la misma dinastía pesaba la culpa del infortunio; y también bajo la impresión de los últimos sucesos enmudeció la consideración de que el régimen odiado y caído había tenido su lado bueno. El juicio más imparcial que hoy se forma del Imperio, confirma algunas censuras, pero también atenúa muchas faltas y, sobre todo, hace ya justicia bajo diversos aspectos al gobierno napoleónico, pues no se puede negar que el emperador consiguió, cuando menos, que Francia pasara un período de dieciocho años sin que el país sufriera revoluciones, y que sobre esta base se desarrollara la riqueza pública de una manera hasta entonces nunca vista ni presentida. A los que han pretendido echar exclusivamente sobre Napoleón III la responsabilidad de las derrotas de Francia, les recordaremos las dificultades que se opusieron en las Cámaras y fuera de ellas á la reorganización del ejército; y evocado este recuerdo, les diremos que, cuando el rey Guillermo de Prusia supo el júbilo con que en Berlín se había recibido y celebrado el triunfo de Sedán, dijo al consejero Schnéider: «¿Qué tal, si aquellos señores de la oposición hubiesen logrado su intento contra mi reorganización del ejército? ¡Qué experiencia tan terrible hubiera sido la que le tocara sufrir á Prusia en este momento! Ahora se verá por qué yo me mantuve tan firme. Bien se ve en el ejército francés adónde conducen esos experimentos parlamentarios.»